

El ejercicio del periodismo

Juan Pablo Cárdenas

Es preciso que el Estado también se obligue a fomentar a la libre asociación de los chilenos para desarrollar medios alternativos, de tópicos restringidos y reivindicativos. Los países democráticos también nos exhiben un gran número de organizaciones de lectores, telespectadores, como de los más diversos grupos e intereses ciudadanos. Provoca tristeza que en nuestro país se hayan extinguido o sobrevivan en tan precarias condiciones los medios de carácter sindical, de los grupos étnicos, de los medioambientalista o de los estudiantes. Ahora, son contados los partidos políticos que todavía mantienen vivas sus otrora, lúcidas e influyentes publicaciones que tanto aliento daban al debate ideológico y prestigio a la actividad política. Sin embargo, todas las entidades se quejan de la escuálida militancia juvenil y de las apatías de las nuevas generaciones.

El ejercicio decente del periodismo y la prevención de sus excesos, más que por ley, se garantizarán con la formación de un profesional de sólida formación intelectual y valórica. Después de tanto intento legal, tienen sentido las expresiones de Alexis de Tocqueville en cuanto que *para disfrutar de los invalorable beneficios que otorga la libertad de prensa, hay que cargar con los inevitables males que la genera.*

Los primeros periodistas universitarios se abrieron espacio en los medios de comunicación, porque en su hora demostraron competencia e idoneidad. Entonces no requirieron de leyes para acceder a la redacción y los más altos cargos de dirección de los periódicos, la radio y la televisión que recién empezaba a desarrollarse. Hoy, en cambio, viene produciéndose un verdadero deterioro en la formación que ofrecen las escuelas de periodismo, desmedidas en su cantidad y, la mayoría de ellas, deficitarias en los niveles de excelencia que se merece una disciplina y profesión tan relevante en la vida social y el quilate democrático de las naciones. No es nada saludable, por ello, el extremado celo que en nuestro país le provoca a algunos periodistas la posibilidad de compartir su trabajo con personas de otra procedencia profesional. Tal nos parece un afán majadero e inconsistente que ciertamente restringiría todavía más la libertad de expresión. En el mundo libre, ni a los médicos se les otorga exclusividad en la atención de los enfermos. Del mismo modo que ni en la guerra se les permite a los militares demasiado injerencia en las decisiones tácticas y estratégicas.

Condenados a una formación tecnicista, pocos de nuestros jóvenes periodista tiene la posibilidad de desenvolverse en una profesión que día a día, exige más cultura y especialización, capacidad de análisis y rigor moral. Por ello, es también deber del Estado velar por la formación de los comunicadores y poner freno a las universidades y escuelas que sólo lucran con la impartición

de una carrera de alto y sostenido interés entre los postulantes a la educación superior.

Finalmente, más que los tribunales, en el mundo han demostrado ser otras las instituciones que mejor velan por el adecuado ejercicio profesional. Los lectores, auditores y telespectadores —sobre todo si están organizados— son los mejores reguladores de la actividad periodística. De esta manera, son también las propias agrupaciones de periodistas y trabajadores de los medios los que mejor pueden velar por la dignidad de su quehacer y sancionar a quienes se exceden y se valen de la profesión para fines abyectos. Al respecto, es necesario que el Colegio de Periodistas, como todas las entidades profesionales, recupere plenamente su facultad de hacer respetar sus respectivas cartas de ética. En muchos casos, más lúcidas, severas y realistas que las inoperantes leyes de prensa.

En este tema sí que el Congreso debiera legislar a fin de recuperarle a las órdenes profesionales un atributo y misión que también nos fue arrebatada por la dictadura. Pero de todos modos el Colegio de Periodistas debiera asumir con más resolución esta responsabilidad de velar por el ejercicio de la comunicación social, sancionar moralmente a quienes vulneren su carta de ética y reclamar del Estado un rol activo respecto de uno de los derechos humanos considerados substanciales y que todavía luce tan a maltraer.

Nos parece grotesco que sean las asociaciones patronales de los medios de comunicación, las que hayan organizado instancias de control del ejercicio periodístico, cuando son los propietarios de los medios los principales causantes de la "autocensura de los periodistas". En cuanto a que esta práctica se deriva, precisamente, de los acontecimientos que estos le imponen a la verdad y a la libertad de quienes ejercen la profesión. Sometidos, por lo demás, al estrés lactante de la inseguridad laboral, los sueldos escuálidos y las pautas blancas de sus empleadores.

Especialmente en la actualidad regional y nacional, los estados democráticos deben ponerse alertas frente a la indudable interferencia que lacras como el narcotráfico están ejerciendo en la tarea comunicacional. Es indudable que existen medios de comunicación que difícilmente pueden exhibir transparencia en sus contabilidades y flujos de ingreso. De hecho, en nuestro país se ha impuesto un pernicioso silencio e impunidad respecto de la forma en que algunos órganos de prensa fueron favorecidos dolosamente por la dictadura para consolidarlos en el tiempo.

Es un secreto a voces que la actividad editorial puede ser muy propicia al lavado de dinero y otros delitos. Es posible que estos fenómenos expliquen la existencia de medios de muy poco arraigo y que, sin embargo, se transan en el mercado e "invierten" cifras completamente desproporcionadas al tamaño de su limitada influencia. Al mismo tiempo, no pocos reporteros pueden dar testimonio de los impedimentos que sus editores les imponen a la investigación y difusión de ciertos hechos y personajes de la vida pública y empresarial que, visiblemente envuelven a ciertos medios de comunicación o los hacen cómplices. Mientras que muchos medios decentes son víctimas del estrangulamiento del sistema y de los grupos fácticos.

Y de la indolencia del Estado y de los demócratas.